

El camino de la felicidad y la importancia de la vida de fe

Dr. Joan Costa Bou

Introducción

Hace poco, la directora de una guardería me invitó a dar una charla sobre la necesidad de educar en la fe a nuestros hijos desde pequeños. La conferencia pretendía ayudar a preparar el Encuentro Mundial de las Familias de Valencia y a tomar conciencia de nuestra vida cristiana, desde la más tierna infancia. El éxito de asistencia —un padre y una madre, de un total de doscientas cincuenta familias— no logró desanimarme ya que al preparar la ponencia, me di cuenta de su importancia. En el fondo, no se trataba más que de recordar, lo que la lógica de un gran filósofo de la antigüedad —Aristóteles— dejó magistralmente escrito en uno de sus más conocidos libros titulado “*Ética a Nicómaco*”. Asimismo convenía añadir, a dicha ética, lo que aporta la fe, a fin de comprender plenamente las consecuencias de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo para lograr recorrer el camino de la felicidad. He aquí, en estas páginas, la síntesis de un camino apasionante que tiene como fin la plenitud de aquello que es humano.

¿Qué queréis de vuestros hijos?

¿Qué queréis de vuestros hijos dentro de unos años, cuando ya seáis mayores y veáis el resultado de vuestra tarea educativa? Con esta pregunta, he iniciado cada una de las repetidas veces que he tratado esta cuestión en público. Las respuestas solían ser: que sean buenas personas, que ayuden a los demás, que no tengan problemas, que sean felices, que lleguen al cielo...

Todos queríamos esto para nosotros y nuestros familiares y amigos, pero, en último término, ¿qué queréis de ellos? ¿os conformaríais con que fueran buenas personas, pero que no fueran felices? ¿o muy generosos, pero infelices? La respuesta de todos, en definitiva, era que lo que querían era que fueran felices. Sin embargo, ya en estas respuestas descubrimos algo importante, que es la relación entre la felicidad, la bondad, la generosidad y el cielo.

Todos queremos ser felices y de hecho este es el fin del hombre, impreso en su naturaleza, y que el hombre no puede rehusar. Todo lo que hacemos persigue, de una manera o de otra, ser felices. Pero ¿qué es la felicidad? ¿dónde está el secreto de la felicidad? Nos damos cuenta de que la felicidad no está en una satisfacción momentánea, sino en una vida consolidada, una vida plena. Ser feliz es la consecuencia de un modo de vivir, no de una acción concreta. Incluso más, la felicidad se decide en el amor, en amar y ser amado. Nadie puede ser feliz sin referencia al amor. El Papa Juan Pablo II lo expuso magistralmente al inicio de su pontificado: «El hombre no puede vivir sin amor.

Permanece para sí mismo un ser incomprensible; su vida carece de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente» (*Redemptor hominis*, 10). El amor es, por tanto, la vocación del hombre, aquello que nos hace felices.

¿Qué tren cogemos o hacemos coger?

Aristóteles describe cuatro maneras de ser, cuatro caracteres, a la luz de tres dimensiones del ser humano. Estas dimensiones son: la *inteligencia*, cuyo objeto es conocer la verdad, la *voluntad* —el apetito racional— que se dirige, desea y busca el bien, y las *pasiones*, "aquello a lo que tira el cuerpo" decimos en tono coloquial, las emociones, los gustos, los sentimientos, aunque con matices distintos. A estos cuatro caracteres les denomina, de menor a mayor grado de integración, *akolastos*, *ácrata*, *eucrata* y *virtuoso*. Veamos sus características y a dónde conducen estas formas de ser.

La educación se asemeja a subir a un niño a un tren que le llevará, a menos que baje del tren y tome otro, a una estación final, destino que los educadores deben conocer para saber cómo quieren educar a sus hijos. Con frecuencia queremos de ellos una cosa, pero la forma en que los educamos no les lleva a este destino por el propio dinamismo interno de ese sistema. A continuación presentaré el itinerario que va desde la estación de salida —la descripción de cada uno de estos caracteres—, a la estación final —como serán nuestros hijos en función del tren en el que los subamos—, para que nos demos cuenta de la importancia de lo que tenemos entre manos, y podamos escoger con conocimiento de causa el modelo de educación y evitar, a la vez, que nadie se lleve a engaño con lo que está haciendo con sus hijos.

El *akolastos* y el *ácrata*

El primer carácter que describe Aristóteles es el *desenfrenado* o *disoluto* (*akolastos*). A mí me gusta traducirlo como el impresentable. Desconoce lo que es bueno y malo, no tiene ningún dominio de la voluntad y por ello sus apetencias están depravadas y piensa que hacer aquello que me agrada es precisamente lo bueno para mí. El *desenfrenado* no ha desarrollado su madurez, ni en el carácter ni en la inteligencia.

Hay una segunda forma de ser, el *ácrata*, que podemos traducir como el *inmoderado* o *incontinente*. Este vive también bajo el dominio de las apetencias desordenadas, que son la guía de su actuar, pero normalmente sabe que aquello que hace es malo; tiene una mínima educación intelectual sobre lo que es el recto obrar, pero su inmadurez de carácter, hace que no tenga suficiente voluntad para hacer aquello que considera que es bueno. Lo que manda en su vida son las pasiones.

Debemos preguntarnos, si el *desenfrenado* y el *inmoderado*, pueden ser felices de verdad. Él está convencido de que sí, porque hace lo que le da la gana: si tiene hambre, come; si tiene sueño, duerme; si está enfadado, se queja; si no quiere ir a trabajar, no va,... y ve con horror, pensando que esto no compensa, el comportamiento de los demás que hacen continuamente aquello que no les gusta, por obligación y con esfuerzo. ¿Es feliz un personaje así? Seguro que todos los que estáis leyendo estas líneas tenéis claro que éste nunca será feliz. Lo importante está en entender por qué.

Una primera razón viene dada por la profunda insatisfacción que siente aquel en quien las pasiones son las que dirigen su vida. Siempre querrá justamente aquello que no tiene, y esto lleva a una insatisfacción continua. Veamos un ejemplo. En el primer libro de J.K. Rowling, "*Harry Potter y la piedra filosofal*", hay una escena en la cual el primo de Harry, Dudley, un perfecto *akolastos* (*desenfrenado*), celebra su cumpleaños. Al descubrir que ha recibido un regalo menos que el año anterior provoca un descalabro, porque aquello no le parece suficiente. La rabia, o más propiamente, la sinrazón, es considerable. El número de regalos no es indiferente, treinta y seis. Sólo después de prometerle los padres, Vernon y Petúlia, que le irán a comprar dos más, Dudley se tranquiliza. He aquí el final del camino del caprichoso que no domina su voluntad: siempre quiere más y nunca tiene bastante, es decir, vive una situación de *insatisfacción existencial*.

Haced de vuestros hijos, niños y niñas caprichosos, consentidos en sus gustos, y conseguiréis, en el futuro, chicos y chicas insatisfechos y, por lo tanto, infelices. La tiranía de las pasiones impone su criterio, que es siempre la tristeza de no poseer todo aquello que la persona desea.

Una segunda razón, especialmente en el *ácrata*, está en la imposibilidad de actuar como se piensa, porque las pasiones determinan el comportamiento, que ya no se guía por la razón que descubre la verdad del bien. Al hacer no

aquello que es bueno sino lo que me gusta, pero que sé a la vez que no conviene o no es verdaderamente bueno, acabo roto por dentro. Si dais criterio a vuestros hijos pero no les educáis la voluntad, el resultado final son personalidades rotas que, al no ser capaces de vivir cómo piensan, acabarán justificándose y pensando cómo viven. Esta ruptura interior de no vivir coherentemente como se querría lleva también a la tristeza y a la insatisfacción con uno mismo. La pérdida de la autoestima será el paso siguiente, y el punto final el no poderse mirar a la cara con un cierto orgullo de sí mismo. Verse así cada mañana al levantarse y mirarse en el espejo lleva al desencanto, a la falta de esperanza y al vacío ante un mundo que anhelo y que no puedo conseguir por falta de fuerzas. Cómo podéis ver, esta estación final del tren a la que llega quien no educa el carácter y la voluntad, no es demasiado atractiva. Y es evidente que no lleva a la felicidad, a aquella vida plena y realizada, a la que todos aspiramos y deseamos.

Queda, no obstante, una nueva razón, por la cual el ácrata no puede ser feliz, y es, para mí, la más importante: no sabrá amar.

¿Qué es el amor?

Debemos detenemos un momento para profundizar sobre la realidad del amor, de aquel amor que nos hará felices. Y lo haré siguiendo la primera parte de la Encíclica del Papa Benedicto XVI, “*Deus Caritas est*” (DCE).

El deseo del otro, el eros, lleva en su dinamismo una promesa, la promesa de la felicidad. De una felicidad que sólo puede hacerse realidad con el otro, con aquel a quien amo y a quien nadie más puede sustituir, a la vez que necesito tenerlo siempre a mi lado. Si no lo tengo, me doy cuenta de que no podré ser feliz, porque me faltará aquel que me hace feliz. El eros, el deseo de comunión con el otro, requiere la exclusividad y el “para siempre”. Así lo expresa el Papa: “El desarrollo del amor hacia sus más altas cotas y en su más íntima pureza conlleva el que ahora aspire a lo definitivo, y esto en un doble sentido: en cuanto implica exclusividad —sólo esta persona—, y en el sentido del «para siempre». El amor engloba la existencia entera y en todas sus dimensiones, incluido también el tiempo. No podría ser de otra manera, puesto que su promesa apunta a lo definitivo: el amor tiende a la eternidad. Ciertamente, el amor es «éxtasis», pero no en el sentido de arrebató momentáneo, sino como camino permanente, como un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí y, precisamente de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún, hacia el descubrimiento de Dios.” (DCE, 6)

¿Qué pasa cuando el eros, el deseo del otro, impone su criterio y no arrastra a la voluntad hacia el don de sí mismo? Que este eros embriagado e indisciplinado, ya no es elevación, «éxtasis», sino caída, degradación del hombre (Cfr. DCE 4). El eros, degradado a puro deseo, que es lo mismo que decir a puro «sexo», se convierte en mercancía, en simple «objeto» que se puede comprar y vender; más todavía, el hombre mismo se transforma en mercancía (DCE 5). Este eros indisciplinado lleva a la posesión del otro, no a la entrega de sí mismo. Y quien está dispuesto a ser cosificado, convertido en objeto de placer del otro y a largo plazo, descubrirá, por poco que valore su dignidad, que el otro le está usando pero que no se entrega, y por tanto esta relación tiene, seguro, fecha de caducidad. Es imposible que dure.

«Resulta así evidente —comenta Benedicto XVI— que el *eros* necesita disciplina y purificación para dar al hombre, no el placer de un instante, sino un modo de hacerle pregonar en cierta manera lo más alto de su existencia, esa felicidad a la que tiende todo nuestro ser. (DCE 4). El eros ha de ser también “agapé”, donación de sí, para no perder al otro en quien se hará realidad la promesa de felicidad que el eros apuntaba. El agapé, «expresa la experiencia del amor que ahora ha llegado a ser verdaderamente descubrimiento del otro, superando el carácter egoísta que predominaba claramente en la fase anterior. Ahora el amor es ocuparse del otro y preocuparse por el otro. Ya no se busca a sí mismo, sumirse en la embriaguez de la felicidad, sino que ansía más bien el bien del amado: se convierte en renuncia, está dispuesto al sacrificio, más aún, lo busca». (DCE 6). Y haciéndolo así se encuentra con una felicidad plena, no una mera satisfacción.

El eros indisciplinado, propio del ácrata y del akolastos, reduce al otro a puro objeto de satisfacción personal. Así, el otro vale la medida de mi deseo. ¿Qué pasará si cambian mis deseos o me atraen nuevos deseos que la pareja no me proporciona? La continuidad de dicha relación no tiene futuro. ¿Quién quiere sentirse amado de esta manera? Evidentemente, nadie. Esta es, sin embargo, la forma de amarse de muchos jóvenes que, malograda la voluntad que los incapacita por el don de sí, por la carencia de carácter y de la virtud de la castidad, utilizan al otro para el propio goce. Dicho de otra forma, el eros no fundamentado por el don de sí mismo es puro egoísmo. Y esto no es verdadero amor.

Conviene, además, añadir, que el eros y el agapé, el deseo y la entrega de sí, deben darse mutuamente para hacer realidad el amor pleno. «Si bien el *eros* —señala el Papa— inicialmente es sobre todo vehemente, ascendente —fascinación por la gran promesa de felicidad—, al aproximarse la persona al otro se planteará cada vez menos cuestiones sobre sí misma, para buscar cada vez más la felicidad del otro, se preocupará de él, se entregará y deseará «ser para» el otro. Así, el momento del *agapé* se inserta en el *eros* inicial; de otro modo, se desvirtúa y pierde también su propia naturaleza. Por otro lado, el hombre tampoco puede vivir exclusivamente del amor oblativo, descendente. No puede dar únicamente y siempre, también debe recibir. Quien quiere dar amor, debe a su vez recibirlo como don.» (DCE 7)

Sintetizando estas ideas, y formulándolas para facilitar su memoria, podemos afirmar que «el eros, el deseo, sin la entrega de sí, es expresión del egoísmo personal; mientras que la entrega de sí, el agapé, sin el deseo, humilla al otro». Retomaremos después esta reflexión sobre la segunda parte de esta afirmación. El amor pleno sólo se encuentra en el deseo que deviene don de sí —el deseo oblativo— o en la entrega total de sí acompañada del deseo —entrega deseada.

El ácrata, el amor y la felicidad

Retomemos los motivos por los cuales el ácrata nunca podrá ser feliz de verdad. Ya he afirmado que éste nunca sabrá amar. La falta de dominio del carácter, el desconocimiento de la virtud de la castidad, el dejarse llevar por los gustos, ponen en evidencia que la única razón por la que un ácrata buscará a otra persona será para satisfacer su propio deseo, y cuando esta persona no le ofrezca aquello que él desea, la rechazará. El deseo incontrolado de quien no quiere ni puede asumir las responsabilidades de una convivencia lleva a convertir al otro en objeto y material de uso. Es decir, para el ácrata, quien no está a la altura de sus gustos, no es digno de su compañía.

¿Quién querría empezar una relación de pareja, cuya continuidad depende casi exclusivamente de que el otro, el ácrata, considere que aquello que se le ofrece vale la pena? Repitémoslo de nuevo para que se nos quede bien grabado en la cabeza y en el corazón: ¡nadie lo querrá!

La perspectiva de futuro de un ácrata es, como mucho, esperar que la otra no se canse de él o que él mismo no se canse de ella. Ella permanecerá a su lado, a criterio del ácrata, mientras apruebe a diario el examen de «grado de satisfacción que le proporciona». Cuando el resultado no llegue al aprobado, será despedida para no convertirse en una carga, y a por otra.... Esto recuerda los seriales latinoamericanos que muestran la historia de unas vidas cuyos sentimientos parecen una montaña rusa de enamoramientos, desamores, traiciones, infidelidades y apasionamientos. Conviene no olvidar, sin embargo, cuál es la estación final de este tren al que se ha subido. Y el final no es otro que la *soledad*. ¿Por qué? Porque con el tiempo y la edad, llegará un momento en que, por la carencia de dominio de mi mismo, mi carácter se irá agriando y el atractivo se irá perdiendo y ya nadie querrá ser *objeto* de mi deseo, y todos aquellos a los que he *usado* pagarán con la misma moneda, y me quedaré solo. Mirad, sino, que pasa en gran parte de los países del norte de Europa, donde el número de viviendas unipersonales crece cada vez más. Y pensad que la soledad es la peor insatisfacción y la razón de la más grave infelicidad: no saberse ni sentirse querido.

¿Es esto lo que queréis para vosotros y para vuestros hijos?. Pues no dejéis que sean caprichosos, educadles el carácter, hacedlos lo bastante disciplinados para que dominen las pasiones y no sean dominados por ellas. Además, no podemos olvidar, que hoy en día, en ciertos ámbitos, los niños tienen todo lo que quieren. Sólo es cuestión de tiempo: regalos, ropa, caprichos, etc... Necesitan darse cuenta de que no se puede tener todo, que hay que compartir, que no pueden disponer del tiempo y de las personas según su propia conveniencia, que no son los reyes del mundo, sino servidores para hacer felices a los demás. Han de asumir responsabilidades en casa, tener limitación de tiempo en el uso de la televisión y de juegos informáticos, tener hora de llegada a casa en función de su edad. Necesitan aprender a no dejarse llevar por sus apetencias. Tienen que aprender a comer de todo, asumir encargos, hacerse la cama, tener la habitación ordenada. Si por cansancio de los padres y educadores se tira la toalla para evitar conflictos a corto plazo o por no ver a sus hijos enfadados, no olvidemos que esto hará de ellos, en el futuro, como ya he explicado, *insatisfechos* vitales, *rotos* y *solitarios*. El panorama al que conduce una educación que no lleve a fortalecer el carácter, no es nada atractivo. Los habremos desgraciado.

Hay muy buenos libros y cursos de orientación familiar en los cuales encontraréis medios para conseguir la educación de vuestra voluntad y la de vuestros hijos. Leedlos, asistid, porque es mucho lo que nos jugamos: la felici-

dad de vuestros hijos. ¿No es esto lo que queríais los padres cuando os he preguntado que queríais para vuestros hijos? Quienes abdican de la tarea educativa de fortalecer la voluntad, no lo conseguirán.

Recuerdo, a modo de ejemplo, a los padres de unos niños que solían recibir muchos regalos el día de reyes. Los padres habían decidido que antes de desenvolverlos debían escoger uno de ellos para darlo a la parroquia para las familias pobres. Tendríais que haber visto los llantos de los pequeños al ir hacia la parroquia y entregar el regalo «desconocido». Que gran lección para aprender que no lo pueden tener todo y que deben compartir con los demás aquello que hemos recibido como un don. Con esto no quiero decir que todos lo debamos hacer, pero seguro que se nos ocurrirán otros muchos medios por lograr este fin.

El moderado o continente (eucrata)

Vamos a por el tercer carácter que describe Aristóteles. El eucrata es aquel personaje con sus apetencias, en buena medida desordenadas, pero con dominio de sí suficiente como para no consentir en sus deseos no racionales, pese a que a veces se deje atraer por ellos. Como podemos ver, éste tiene ya una mayor madurez tanto de carácter como intelectual. Conoce en gran medida aquello que es bueno y malo, tiene suficiente dominio para vivir aquello que debe, pero tiene el corazón puesto en otras muchas cosas que sabe que no le convienen, aunque si pudiera las haría. El eucrata cumple habitualmente con las obligaciones y responsabilidades que tiene, pero lo hace con corazón partido por no poder realizar algunos de los deseos que sus pasiones buscan.

Los ejemplos podrán iluminar mejor esta forma de ser. Desde una perspectiva cristiana, conscientes de los deberes con respecto a Dios, sabemos que debemos asistir a la Sta. Misa los domingos, pero, a menudo, lo hacemos sin ninguna ilusión, como si fuera una carga que si nos la sacaran de encima nos harían un favor. Cuando se acercan fiestas civiles que no son a la vez religiosas, o fiestas religiosas que no son de precepto o han sido dispensadas, los curas recibimos con frecuencia llamadas preguntándonos sobre el particular: ¿es obligación ir a Misa? y, al contestarles que aquella festividad no es de precepto dominical, uno tiene la sensación de suscitar en el interlocutor un profundo gozo: ¡Qué bien! –se suele entender-. Esta respuesta manifiesta todo un desamor. Ante Dios, que es el Amor, la Bondad y la Belleza absoluta, el más digno de ser Amado y Deseado, uno ve como aquella persona prefiere otras muchas cosas, otros planes, a compartir su intimidad y a recibir el don de Dios mismo. Esta forma de amar humilla al otro y esta es una realidad que Benedicto XVI ha querido dejar también reflejada en su encíclica "Deus caritas est", al afirmar que la entrega de si mismo sin el deseo del otro no es el verdadero amor. El ágape envuelto de eros es el amor más pleno. Quien se alegra porque no debe ir a Misa, lo que dice realmente es que si Nuestro Señor le pide que vaya, irá –tiene suficiente dominio para controlar sus gustos y hacer lo que entiende debe hacer–, pero si Dios no se lo pide, estará más contento, porque así el otro, en este caso Dios, no le condicionará los propios deseos a través de los que este hombre busca de ser feliz. Quien actúa así no hace otra cosa que darle a entender a Dios que Él no es el motivo de nuestro goce, de nuestra alegría, de nuestra felicidad, sino lo son otras cosas que no son Dios mismo. Quien piensa en la autoestima divina al ver que nos comportamos así, se da cuenta del desamor que esta actitud manifiesta.

Recuerdo una experiencia muy personal de un vicario de una parroquia de Barcelona en la que estuve destinado unos cinco años de mi vida. Éramos tres sacerdotes, el rector y dos vicarios. Uno de los vicarios tenía bastante fama en toda Barcelona por la rapidez con la que celebraba la Misa, unos veintitrés minutos. El rector invertía unos tres cuartos de hora y yo mismo unos treinta y cinco minutos. Cuando el otro vicario se iba en verano de vacaciones, yo le sustituía en sus misas para que los feligreses no encontraran tanta diferencia de duración de la misa entre el que se había ido y el rector. Como media Barcelona solía ir a esta Misa, no había sitio para aparcar, y hacía falta tiempo para encontrar un agujero donde dejar el coche, razón por la que muchos entraban tarde a Misa. Desde el presbiterio veía perfectamente las expresiones de los que iban entrando. La cara de sorpresa, y de una cierta indignación que les llevaba a mirar el reloj, me hacía caer en la cuenta de que el hecho de que fuera yo quien celebrara la Misa no les producía demasiada satisfacción sino todo lo contrario, lo que me llevaba a intentar ir más deprisa para acabar cuando antes, no fuera que salieran enfadados de aquel encuentro con Dios. Para mi autoestima, aquellas celebraciones eran toda una cura de humildad, porque pocos manifestaban una cierta alegría de verme celebrar. Reitero: un amor que no desea al otro acaba humillando.

Cómo podéis ver, el eucrata siente la responsabilidad o la obligación –aquello que entiende que es bueno y que hay que hacer– como una carga, no como un gozo. El estado anímico de quien se comporta así es como la de aquel perro de los dibujos animados de los años setenta que se denominaba Lindo Pulgoso, que todo el día mascullaba. La queja existencial, un malhumor constante, sentir la presencia de los otros como una carga, como una

limitación, es el estado anímico típico del eucrata. Y tengo la experiencia pastoral que hay mucho Lindo Pulgoso, chicos y chicas, maridos y mujeres que todo el día mascullan, se quejan y no se les ve demasiado contentos.

Los chistes a menudo revelan de manera irónica formas de ser y de actuar eucráticas. Recuerdo aquel chiste en que se encuentran dos viudas y una le pregunta a la otra: ¿Rezas por tu marido?. La otra, tras reflexionar un momento responde: No, no lo hago nunca, no lo había pensado. La primera le hace caer en la cuenta: ¿Y si tu marido está en el purgatorio? Contesta la segunda: Pues ¡¡que purgue, que purgue!! El final del chiste refleja la actitud de aquella que vivía *condicionada*, limitada, por el marido que no le dejaba ser feliz de verdad.

En las primeras reuniones que tuve con matrimonios solía preguntarles: estar casados ¿os da alas u os las corta? Las respuestas variaban según los maridos y las mujeres. Estas respondían acto seguido que se las daban, mientras que los hombres devolvían la pregunta con otra pregunta: ¿nos las debería dar, no? Esta contestación vuelve a poner de manifiesto que el hecho de estar casados implicaba una limitación de su libertad que no les dejaba cumplir sus deseos, pero que el conjunto de la situación les compensaba. Esta clase de maridos son eucratas. Ven las responsabilidades familiares no como un camino de libertad –toda libertad verdadera tiene la verdad como guía y el amor como fin, como enseña Juan Pablo II en la Encíclica *Veritatis splendor*– sino como una limitación de la misma. Otra vez, las responsabilidades y obligaciones, que aun así no se dejan de cumplir, se sienten como una carga y no como un gozo. Esto no es amar, pese al grado de donación de sí que supone, porque más que como un don se vive como un robo. Me roban el tiempo, las ilusiones, los deseos, otras posibilidades que pienso me harían feliz. Sólo cuando las cargas y las obligaciones se viven con gozo, el hombre ha aprendido a amar, porque así, el gozo del otro es de verdad el motivo de mi gozo, y ésta es la lógica propia del amor.

Recuerdo, mientras escribo estas páginas, otro chiste sobre la manera de ser masculina y femenina. Dicen que el día que inventaron el ordenador, se discutía qué nombre ponerle, si ordenador, en masculino, o computadora, en femenino. Salieron dos comisiones, una de mujeres y otra de hombres. La primera comisión acabó antes las deliberaciones y concluyeron que se debía llamar *ordenador*. Dieron cuatro razones para que fuera de género masculino: la primera, porque si quieres que esté por tí hace falta ponerlo en marcha, hace falta enchufarlo; la segunda, porque tienen mucha memoria pero muy poca creatividad. Una tercera razón era que cuando te compras uno es para evitarte problemas, pero la inmensa mayoría de las veces, él mismo es el problema. Y, finalmente, la cuarta razón era porque cuando definitivamente decides comprarte uno, con el tiempo te das cuenta de que si hubieras esperado un poco más, tendrías uno mejor.

Cómo podéis ver, el chiste vuelve a reflejar la mentalidad eucrática a la luz de la cual el otro se ve como una limitación, una carga que se debe soportar. La autoestima del marido, de quien *es amado* así –si podemos decir que esto es amar–, queda malograda. El hombre ya no es un don para el otro sino una restricción.

El chiste no acaba aquí. La segunda comisión, de hombres, también se reunió, y determinaron que el aparato informático debía denominarse *computadora*, de género femenino. También aportaron cuatro razones: primera, su lenguaje interno es sólo accesible para su creador, pero incomprensible para el resto de los mortales; segunda, cuando se ponen en red las computadoras, los protocolos de comunicación siguen incomprensibles para los usuarios. La tercera razón radicaba en cuestiones de funcionamiento: cuando tienen un error, se almacena en la memoria y sale en el momento más inoportuno. El último motivo aducido fue que cuando finalmente alguien se decide a comprar una computadora, se da cuenta que se debe gastar toda la mensualidad en periféricos (la webcam, el escaner, el joystick,...).

Si la primera parte del chiste mostraba el talante eucrático de muchas mujeres, ahora queda constancia del mismo talante en muchos hombres. Y ambos, con su comportamiento, no hacen sino darse a entender que los otros/as son una carga –y no un regalo, un don–, pero que nos compensa mantener. Es obvio que esto no es amar de verdad.

Querría añadir un comentario sobre la sonrisa y la ternura. Al reflexionar sobre qué es el amor esponsal, sobre la donación de sí arropada del deseo del otro, de un eros que deviene ágape y de un ágape que encuentra en el eros su plenitud de entrega, pienso, haciendo uso de la teología del cuerpo que tan bien explicó Juan Pablo II, que la expresión corporal ante la presencia del amado tiene dos manifestaciones principales: la sonrisa y la ternura. La sonrisa es la expresión facial de gozo ante el encuentro con el amado. Sonreír significa que la presencia del otro es vivida como un gozo y es la consecuencia de la alegría corporal que produce aquel encuentro. La sonrisa es, de este modo, una afirmación del otro que se da cuenta de que su presencia es valorada. El malhumor, las malas caras, por el contrario, expresan que la presencia del otro es vivida como una agresión, como un peso, como una

carga. La falta de sonrisa manifiesta, pues, que se es persona no grata para el otro, lo cual da a entender que no se es suficientemente querido. Este es uno de los motivos por los cuales es tan importante sonreír, y la razón por la cual, la carencia de la sonrisa, puede hacer tanto daño a la otra persona, es porque manifiesta el hecho de no ser amado ni valorado.

La ternura tiene una dinámica parecida a la sonrisa. Con la ternura comunicamos la dicha por la compañía y proximidad del otro. Con la ternura se transmite algo más que un placer, se transmite la exclusividad del valor con el que miro a la otra persona. La ternura es, pues, el verdadero reconocimiento del otro como fuente de mi gozo. Sin ternura es difícil manifestar un verdadero amor. Este pequeño discurso era necesario para mostrar como el eucrata, con la falta de alegría y de ternura, da a entender un cierto menosprecio del otro y por esto le acaba humillando. Hago más aquellas palabras de S. Pablo a los filipenses: “¡Vivid siempre alegres! os lo repito, ¡vivid alegres!”

La reacción eucrática tiene muchas manifestaciones. Ya hemos visto unas cuantas, pero podemos encontrar más. La vemos cuando a menudo los padres –sea porque van *derrapando* por la vida, especialmente las madres que habiendo hecho opción por la maternidad dedican a la vez una jornada entera a trabajar fuera de casa, sea porque tenían unos planes que no podrán llevar a cabo— ante la enfermedad de un hijo que les impide cumplir sus propósitos, se quejan, es porque ven esta circunstancia como una injerencia indebida que les obliga a cambiar sus planes. Hay hijos, que por la reacción paterna o materna ante una enfermedad, tienen miedo a ponerse enfermos por el malhumor existencial que provoca en sus progenitores.

Otro ejemplo. El de aquel marido que, reclamando la intimidad conyugal sin ningún deseo de procreación pero con conciencia cristiana de querer «vivir bien» las relaciones matrimoniales(y lo pongo entre comillas porque esto no es vivirlas bien), es informado por su esposa que está en un momento fértil. ¡Cuántas malas caras porque uno no puede satisfacer aquello que en aquellos momentos desea! ¡Cómo si la culpa fuera de la mujer! El hombre vuelve a darse cuenta que querer disponer del otro aceptando sólo a contrapelo lo que no puede cambiar, expresa más un desamor que una verdadera donación y una plena acogida llena de agradecimiento y admiración, propias del amor verdadero.

¿Y qué decir de la lógica de los niños *programados* o *controlados*? A menudo me encuentro con familias que esperan un hijo *descontrolado*, es decir, un hijo que no buscaban, que no era un niño *deseado*. Cuando los padres se han sentido ya realizados con el número de hijos que tienen y viene uno con el que no contaban, con mucha frecuencia se vive, especialmente en el mundo femenino –motivado bien por la presión ambiental que no acepta con buenos ojos la generosidad excesiva, bien por los abuelos, los amigos o amigas, bien por el ambiente laboral donde encontrará muchas dificultades–, como una carga difícil de aceptar que lleva a la tristeza, al desaliento y a la falta de valentía. ¿Cómo somos capaces de dar a entender al mismo Dios, que ese hijo que es un don suyo, nosotros no lo vemos como un regalo sino con una pesada carga? ¿Esto es fiarse de Dios? ¿Esto es vivir la confianza en la providencia? ¿Es esto darse cuenta que cada hijo es una persona que Dios me encomienda para que por toda la eternidad pueda alabar a Dios, formando parte de la gran familia de los hijos de Dios? Darle lecciones a Dios de lo que nos debería dar es desconocer que lo que Dios dispone es lo mejor para nosotros y para nuestra felicidad. Hablaremos más a fondo en la última parte de este artículo. Pero no quiero dejar de señalar que los hijos no deben ser «deseados» sino «queridos», y esto quiere decir, acogidos desde el primer momento como un don, y si no lo hacemos así no se les está respetando en su dignidad.

Llegamos al final de este apartado. A la luz de lo expuesto, ¿puede el eucrata ser feliz? Nos damos cuenta que no lo puede ser del todo; es más, que son personalidades poco atractivas, y que, a menudo, su ejemplo no lleva ni a la admiración ni a la imitación. Desde esta perspectiva nos damos cuenta que los eucratas tienen poca capacidad para transmitir a los hijos o a los amigos los valores que ellos mismos viven, porque para el observador externo, más que valores los ve como imposiciones no asimiladas. Para el eucrata es difícil pasar la antorcha de los valores en la tarea educativa, y al no hacerlo se juega mucho, se juega la felicidad futura de los hijos y la suya propia.

El virtuoso

¿Quién puede ser, pues, feliz? En las exposiciones que he hecho sobre esta cuestión, casi todos se sienten eucratas, y totalmente reflejados en muchos de los ejemplos expuestos. ¿Es posible alcanzar la felicidad? Siguiendo con el planteamiento aristotélico, la respuesta da pie a la esperanza. En principio sí se puede llegar a ser feliz, pe-

ro sólo aquel que sea virtuoso. ¿Quién es virtuoso? El virtuoso, que incluye el hecho de ser *templado*, desea lo que es bueno según la recta razón y lo hace. Es virtuoso quien desea lo verdaderamente bueno por el hecho de ser bueno, y su voluntad secunda siempre lo que la razón le muestra como verdaderamente bueno. Todas sus potencias están armonizadas y no se da ninguna ruptura interior. El virtuoso desea lo que debe hacer, cómo debe hacerlo y cuando debe hacerlo por tratarse de una acción excelente y así se lo indica y ordena la razón. Con un lenguaje más coloquial, el virtuoso es aquel que hace siempre lo que le da la gana, le da la gana hacer lo que es bueno, y justamente esto es lo que le agrada. Por esto está siempre contento. Además, al secundar, tanto la voluntad como las pasiones, aquello que la inteligencia le muestra como bueno, deviene una persona indestructible. No hay ninguna ruptura interior, ninguna fuerza centrípeta siendo así que todos los dinamismos que posee se orientan hacia la misma dirección, que es la consecución del bien verdadero.

Para ser virtuoso es necesario en primer lugar, tener criterio, conocimiento del bien y del mal, y capacidad para percibir con objetividad todas las cosas. En segundo lugar, hace falta tener el suficiente dominio de la voluntad para secundar aquello que la inteligencia nos presenta como bien. Y, en tercer lugar, hay que educar los gustos y las pasiones, para que busquen aquello que es verdaderamente bueno.

El virtuoso sabe sacar provecho de todo, y al ser el más realista, porque lo ve todo con objetividad, acepta las circunstancias y sabe aprovechar las contradicciones, porque en todo encuentra aquello que conviene y como es justamente aquello que quiere, está siempre contento y encantado de la vida. Este es el término final del virtuoso. A buen seguro que esto es lo que queréis para vosotros y para vuestros hijos.

Virtuoso es aquel que viendo una película en la televisión, al irse la luz, no se queja sino que cae en la cuenta de que podrá aprovechar este tiempo para otras cosas que convenían, y entonces no lo ve como una agresión sino como una oportunidad. Conclusión: encantado de la vida. Siempre contento.

Sin embargo, para transmitir la vida virtuosa hace falta tener en cuenta, entre otras, dos cosas. La primera, que la virtud se transmite sobre todo por ósmosis, es decir, por vía visual vital, viéndola vivir en los otros. La segunda, que si no hacemos atractiva la virtud no lograremos nada. Profundicemos en ambas afirmaciones: que la virtud se transmite por ósmosis, por vía del ejemplo, significa que no conseguiremos pasar la antorcha de la virtud a los hijos por el camino de las lecciones verbales sino siendo nosotros mismos la encarnación de dichas virtudes. Sin ver estas virtudes puestas en práctica es muy difícil que se den cuenta de la necesidad de la virtud y de incorporarlas a la propia vida. Lo mismo acontece con lo contrario a la virtud, que es el vicio, los hábitos operativos malos, que se transmiten también por ósmosis. Los hijos de padres violentos, perezosos, etc., son con el tiempo iguales a los padres, pese a que quizás lo rechazaban interiormente. La sociología lo demuestra. Esta idea es capital, sobre todo cuando explicamos como transmitir la fe a los hijos: ¡por ósmosis!

La segunda afirmación es también importante para tenerla en cuenta. Hoy en día, el mundo que nos rodea es muy agresivo y a la vez muy goloso, muy atractivo. Si consideramos la manera de ser ácrata de muchos de nuestros jóvenes, nos daremos cuenta que metidos nuestros hijos de lleno en este mundo, sólo si han visto en casa, y en los ámbitos educativos que los han formado, que seguir aquello que es bueno de verdad es más atractivo que lo que el mundo les ofrece, entonces escogerán el modelo de vida conforme a aquello que han visto en el hogar. Si la vivencia de las virtudes en el hogar no ha sido atrayente, entonces, al proponerle el mundo otras alternativas más atractivas a simple vista, es evidente cual será el objeto de su elección. Y no debemos olvidar que adentrarse en este tipo de elecciones no es algo indiferente, sino que significa subirse al tren del ácrata cuya estación final, recordémoslo, es la soledad, la ruptura interior y la insatisfacción vital. Esto es un acicate importantísimo para que los padres den un buen ejemplo.

Pongamos el caso de aquel padre que al ver que falta agua en la mesa, se levanta de mal humor diciendo «siempre me tengo que levantar yo». ¿Qué verán los hijos? Que ser generoso lleva a un profundo malestar que no vale la pena imitar. La consecuencia: unos hijos que huirán de ser generosos porque verán que esto no conlleva gozo ni alegría. O bien aquella madre que por ahorrarse un enfado de su marido por una trastada de su hija le propone a ésta mentir. ¿Qué sacará la hija? Que mentir es mucho más atractivo que decir la verdad. Que se prepare esta madre cuando su hija crezca porque nunca sabrá con seguridad, si lo que dice es o no verdad.

Debemos hacer atractivas las virtudes, porque en el momento de elegir, los hijos sólo se mueven por los gustos, quieren aquello que entienden que es más atractivo en el sentido más pleno de la palabra. Si no actuamos así, les incapacitamos para afrontar la agresividad de este mundo tan goloso que ofrece unas golosinas tan falsas. Si, golosinas, pero que malogran el carácter y los hace todavía más ácratas.

Las familias alegres y generosas son la gran herencia a transmitir a los hijos, porque la memoria de lo vivido en el hogar será su punto de referencia al recordar la felicidad que en su casa han experimentado. Cuando quieran decidir su futuro, el recuerdo de casa, la memoria del hogar, será su gran referente: el modelo de una vida plena y feliz. Sabrán que escoger otros caminos no lleva a esta felicidad y si quieren aquello que han visto y vivido, tienen que subir al tren de la vida virtuosa. Si no lo hacemos así –que no se engañe nadie–, no lo lograremos.

¿Y cómo llegar a ser personas virtuosas? En lo que a los hijos se refiere, ha quedado claro el camino: hacer atractiva la virtud y la vía de ósmosis, es decir, el ejemplo vivido. Ahora bien, ¿qué pasa cuando los que tendrían que educar no son virtuosos? ¿Cómo lograr llegar a esta virtud? Hará falta la auto-educación y buscar a su vez referentes educativos para nosotros, es decir, hará falta un proceso por el cual el hombre se da cuenta de lo que es bueno –y, por lo tanto, conozca adecuadamente la verdad y el bien–, y se entrene para secundarlo, a pesar de tener que violentar las propias pasiones, convenciéndose que esto que hacemos lo hacemos porque queremos: no nos lo roban, lo entregamos, lo damos libremente, y nos lo debemos repetir, para que quede bien grabado en todo nuestro dinamismo operativo. La gracia y la vida de oración –de la que hablaremos acto seguido–, nos ayudarán a descubrir la verdad de nuestro obrar, de nuestra falta de dominio, de nuestra falta de confianza en Dios y de la necesidad que tenemos de Dios, de su luz y fuerza, y nos ayudará a renacer a una vida virtuosa, capaz de ser luz para todos los que nos envuelven. La tarea es urgente y a la vez apasionante, y es mucho lo que nos jugamos. Algunos modelos que hemos recibido de nuestros padres, al cambiar las condiciones sociales, no son suficientes para afrontar este reto adecuadamente, y nos hace falta, especialmente a los matrimonios jóvenes, encontrar las herramientas educativas para transmitir la antorcha de la vida feliz a la próxima generación.

La corrección de la Fe

Aristóteles señala que, puramente desde la filosofía, la felicidad, la vida conseguida fruto del comportamiento virtuoso, requiere paradójicamente la fortuna. Sin la buena suerte el hombre no puede conseguir la felicidad. ¿Verdaderamente es así? La fe nos dice que no. Ante las falsas promesas de algunas teorías éticas, o la mera resignación, por la carencia de fortuna, tenemos el correctivo de la fe. Toda religión tiene esta función de correctivo para afrontar la contingencia. Pese a todo, esto resulta insuficiente si afrontamos la cuestión de la verdad. Sólo puede ser verdadera aquella fe que lleva a la razón práctica a su perfección última y, por lo tanto, a la verdadera felicidad.

Veamos, pues, qué aporta la fe en el logro de la felicidad. Y lo haré teniendo en cuenta las tres dimensiones de la persona que han centrado este artículo: la inteligencia, la voluntad y las pasiones.

Fe e inteligencia

Por lo que respecta a la inteligencia, la fe aporta, en primer lugar, una nueva luminosidad para descubrir el verdadero bien. Un bien que nos da luz sobre las exigencias de la dignidad humana, del amor verdadero. Veámoslo con un ejemplo: La primera verdad moral para articular una convivencia justa es que todos poseemos la misma dignidad. Sin esta afirmación fundamental sería imposible el respeto mutuo. Pues bien, hay, hoy en día, multitud de pueblos que no han firmado la declaración universal de los derechos humanos porque no creen que esto sea verdad. Si seguimos analizando la cuestión nos daremos cuenta que son pueblos donde la fe cristiana no ha arraigado. El pueblo hindú, por ejemplo, que son unos mil doscientos millones de personas, piensan, muchos de ellos, con mentalidad de castas, e incluso defienden que no tienen ningún derecho, como por ejemplo los intocables. Si seguimos con los pueblos musulmanes que aceptan la poligamia, resulta entonces que las mujeres no tienen la misma dignidad que el hombre, y éstos suman alrededor de ochocientos millones. Sólo estas dos poblaciones suman la tercera parte de la humanidad actual, y rechazan que todos tenemos la misma dignidad. Habría que añadir el pueblo chino, lo cual implica llegar a casi la mitad de la población mundial. Dicho de otro modo, la fe cristiana, al arraigar en la cultura, ha ofrecido una luz sobre el valor de la dignidad humana que fuera de esta fe cuesta encontrar. La fe cristiana da pues, al entendimiento, la capacidad para descubrir con nueva luz y nueva profundidad el verdadero bien humano, condición indispensable para lograr la felicidad.

Una segunda aportación de la fe a la vida feliz se sitúa en torno a la confianza, pero no cualquier confianza, sino la confianza en Dios. Recordemos la primera afirmación del Credo: Creo en Dios Padre Todopoderoso. A menudo, en las charlas que he dado sobre esta temática, pido un voluntario para hacer un ejercicio de lógica. Se trata de sacar la conclusión de unas afirmaciones previas. ¿Crees en Dios? –pregunto al voluntario-. Sí, responde convencido. ¿Y crees que Dios es tu Padre que es quien más te ama y quiere tu bien? –vuelvo a preguntar-. Sí, res-

ponde el interlocutor. ¿Y crees que Dios es Todopoderoso? –pregunto por último-. Sí, suele decir todo el mundo. Una vez hechas las preguntas, hace falta pues, sacar la conclusión: si crees que Dios es verdaderamente Dios, infinito, bueno, etc., si crees que es tu Padre que te ama, y que todo lo puede, entonces nunca puedes quejarte de nada. Hay que ver la cara de sorpresa del interlocutor y de todos los presentes. Sin embargo la conclusión no es mía, es de San Pablo cuando dice que: "Para los que aman a Dios, todo es para bien" (Rm 8,28). Si nos lo creemos de verdad, entonces somos verdaderamente indestructibles, porque ya no veremos nada como una agresión sino como una oportunidad para unirnos más a Dios, para crecer en humildad, en desprendimiento, o para aprender a amar mejor: ¡todo por nuestro bien! Siempre alegres: este es el mejor corolario de esta afirmación. Es bueno recordar aquellas palabras de una mujer santa, que pasó bastantes aflicciones, santa Teresa de Jesús: «Nada te turbe, nada te espante, todo se pasa, Dios no se muda; la paciencia todo lo alcanza; quien a Dios tiene nada le falta: sólo Dios basta.»

Además, si habéis ayudado a vuestros hijos a saberse hijos de Dios y a mirarse con los ojos del buen Dios, esto es, a hacer a menudo, a diario, ya de muy pequeños, el examen de conciencia, para pedir perdón cuando no han estado a la altura del amor divino, y a confesarse con frecuencia, para querer agradar a Dios, para que su Padre del cielo pueda estar orgulloso de ellos, entonces, en un mundo goloso y a la vez agresivo como el que tenemos, lo único que será capaz de «controlar», en el buen sentido de la expresión, a vuestros hijos cuando estén fuera de vuestro alcance, será Dios mismo a través de su conciencia. Esta es la tercera aportación importante de la fe en lo que hace referencia a la dimensión educativa de los hijos. Ante las propuestas impresentables que recibirán, el hecho de sentir en su corazón y en su conciencia la voz del Amor, la voz de Dios que les dice «no me dejes, no me falles, no me traiciones, no me cambies» será la única salvaguarda para no someterse al imperio y a la esclavitud de los gustos, de los amigos, y del querer quedar bien. Sin esta conciencia están totalmente solos y sin criterio para no sucumbir.

Fe, voluntad y pasiones

¿Qué aporta la vida de fe a la voluntad? San Pablo explica de si mismo una realidad que es presente en todo ser humano: «no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero» (Rm7,24). Todos somos conscientes de que los deseos que provienen de las pasiones imponen su criterio pese a entender que aquello no es lo bueno y, de hecho, no lo querríamos hacer. Hemos puesto varios ejemplos al hablar del ácrata. ¿Cómo cambiar este dinamismo? San Pablo también se lo cuestiona ante la imposibilidad de hacer frente con las propias fuerzas y da la respuesta: «¡Qué hombre tan infeliz soy, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? Dios, a quien doy gracias por Jesucristo, Señor nuestro!» (Rm 7,24s). Sólo Dios, por la victoria de Cristo sobre la muerte, puede con su gracia, hacer posible aquello que humanamente es imposible. Con frecuencia menospreciamos el poder de la gracia divina y contamos poco con ella, con la fuerza de Dios, esta gracia que no es otra cosa que la misma vida divina en nosotros. Es Dios quien obra en nosotros y a través de nosotros.

Un ejemplo bíblico nos ayudará a descubrir el poder de la gracia. Todos recordamos quien era Moisés y qué le dio Dios en el Sinaí. A pesar de ello muchos desconocen que el mismo Dios, entre los preceptos de la Alianza que estableció con Moisés, dejó escrito la posibilidad de la poligamia y del divorcio, denominado libelo o documento de repudio (Dt 24,1). Esto sucedió mil doscientos años antes de Cristo. Y esta fue la costumbre del pueblo escogido durante doce siglos. Un día, uno de los discípulos preguntó a Jesús: «¿Cómo es que Moisés ordenó que, si el marido quiere divorciarse, dé a su mujer un documento de divorcio?». Jesús respondió con fuerza: «Moisés os permitió divorciaros de la mujer por vuestra dureza de corazón. Pero al principio no era así. Y yo os digo que quien se divorcia de su mujer, fuera del caso de una relación ilegítima, y se casa con otra, comete adulterio.» Fue tanta la sorpresa, el desconcierto y la incapacidad para entender las exigencias del amor humano que el Maestro les presentaba que le dicen ingenuamente: «Si la situación entre marido y mujer es esta, vale más no casarse.» (Mt 19,3-10).

¿Cómo es posible, ante una tradición de siglos, que ahora, el mismo Dios, cambie de repente aquello que Él mismo dispuso con respecto al amor de los esposos, sobre la fidelidad por siempre jamás?. ¡Los discípulos no se ven capaces de vivirlo! ¿Qué ha sucedido para que ahora se pueda pedir a todos sin excepciones? La respuesta está en la Encarnación, Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, fuente de vida nueva que capacita al hombre para vivir en plenitud todas las exigencias de la dignidad humana y del amor humano. Sin Cristo, sin su gracia, que nos llega ordinariamente por los sacramentos –la eucaristía y la confesión frecuente, la vida de oración y la vida moral–

es imposible vivir el amor como Cristo nos ha enseñado y nos ha mandado. Pero, con Él, todo es posible. «Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5) –afirmó Nuestro Señor contundentemente–; con Él, lo podemos todo.

No se trata, sólo de creer en Dios sino de vivir de El, de recibir su gracia por los medios que la Iglesia nos ofrece. Por esto hay tantos problemas familiares, porque creen en Dios, pero de hecho viven como si Dios no existiera. Dios no cuenta en la vida de muchos esposos, de muchos cristianos, no se cuenta con El en las decisiones importantes, en el uso del tiempo, del dinero, en el número de hijos, etc. Esta manera de vivir hace que nos alejemos de las fuentes de la gracia y todos conocemos las consecuencias, en la vida de los esposos y de la sociedad. Las estadísticas sobre divorcios, separaciones, hijos fuera el matrimonio, abandonos familiares, violencia dentro el hogar, pornografía, prostitución, etc., son escalofriantes y avalan, desgraciadamente, nuestra tesis. No es gente que lo quiera estropear todo. La mayoría no lo querrían hacer, pero no pueden vivir de otra manera, porque los gustos, las pasiones y la debilidad los lleva hasta aquello que no querrían.

Recurrir, pues, a las fuentes de la gracia es una necesidad humana de primer orden. No es un añadido para gente devota o piadosa sino una exigencia para quien quiere vivir como hijo de Dios y hombre verdadero. De aquí la necesidad de atraer a todo el mundo hacia Cristo. Él es nuestra felicidad y quien la puede hacer posible, ambas cosas a la vez. Cristo es –recordémoslo– el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14,6). Para quienes no creen en Dios, también es verdad que Dios tiene otros caminos para llevarles la gracia ganada por Cristo: Dios no se ata las manos con los sacramentos.

¿Qué aporta, en último término, la vida de fe a las pasiones? Una de las consecuencias del pecado original fue la pérdida de la armonía de las potencias. La inteligencia se oscureció, la voluntad quedó herida y las pasiones se desordenaron. La gracia restablece todas estas dimensiones humanas; restablece también el orden de las pasiones para que se conviertan en verdaderas guías y motores que nos muevan hacia el bien. El Espíritu Santo, con sus dones y sus frutos, hará fructificar las potencias operativas del hombre para vivir según Dios, haciéndonos capaces de tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús, hasta hacer posible, como dice el Salmo, que «todo yo suspire y me deleite por los atrios del Señor. Lleno de gozo y con todo el corazón aclamo al Dios que me da vida» (Salm 83,3).

¿Cómo debemos transmitir la fe?

Las estadísticas actuales sobre la práctica religiosa en España son decepcionantes. En el estado español más del 80% de los niños son bautizados, sólo un 70% reciben la primera comunión, cerca del 40% recibirán la confirmación, pero sólo entre el 4 y el 5% de los jóvenes entre quince y treinta años participan con frecuencia de la Misa dominical. ¿Qué ha pasado a lo largo de este itinerario? Los factores son muchos, y no querría hacer demagogia. Entre las causas está la presión del ambiente, la cultura dominante entre los jóvenes, la falta de ejemplos de vida cristiana dentro de las familias, y un largo etcétera que los sociólogos podrían individualizar mejor. No obstante, en este apartado no quiero analizar las causas sino aportar soluciones.

¿Cómo se transmite la fe? La fe es una virtud teologal y, como tal, antes que nada, se debe pedir humildemente, para nosotros mismos y para los demás; es un don de Dios que hemos de implorar. Pero como virtud, se transmite también como toda otra virtud, es decir, como ya he dicho anteriormente, por ósmosis, viviéndola y haciéndola atractiva, haciendo descubrir su belleza, la verdad que manifiesta y el bien que comporta.

¿Cómo podemos hacer atractiva la participación en la eucaristía dominical cuando llegamos a menudo tarde, nos vamos de prisa al acabar y vamos a regañadientes, poniendo mala cara y dando a entender que es una carga? A Misa hemos de llegar no a tiempo sino *con tiempo*, para prepararla, para disponernos a este encuentro con quien es el Amor. Deberemos dar gracias al acabar, unos momentos, sin prisa para irnos, porque manifestamos así el gozo de estar con quien ha venido a transformar nuestras vidas dándonos su misma vida divina.

Deberemos sacar tiempo, y ratos largos, de un cuarto a media hora como mínimo al día, de diálogo íntimo con el Señor. Y que los hijos se den cuenta que, para nosotros, esto es de las cosas más importantes que hacemos durante el día. ¿Quién puede decir que ama a Dios más que nada aquí a la tierra cuando no le dedica prácticamente tiempo? El amor requiere tiempo, entrega y ternura. Debemos poner el corazón en las prácticas de piedad y vivir las como expresión de nuestro amor.

Hemos de ilusionar a los pequeños y jóvenes con los ejemplos luminosos de los santos. En palabras de Benedicto XVI: "deberíamos atrevernos a amar siguiendo el ejemplo de los santos". Que lean vidas de santos adecuadas a

su edad. Padres, ¿explicáis a vuestros hijos aquellas gestas heroicas de hombres y mujeres del Antiguo y Nuevo Testamento –Ruth, Sansón, los hermanos Macabeos y su madre, el viejo Eleazar, los jóvenes Daniel, Ananías, Misael y Azarias, los apóstoles, Zaqueo, etc.— y de toda la historia de la Iglesia?. Llenadlos de grandes ideales, que son los únicos que son de verdad atractivos de seguir.

Los más jóvenes y pequeños deben ver en los padres el gozo que os da leer libros de espiritualidad, tratar con la Madre del Cielo con el rezo del Sto. Rosario, ir a buscar su compañía arrodillándonos ante el sagrario... Hacer atractiva la fe: este es uno de los secretos más importantes para conseguir transmitir la fe a los hijos. No es sólo una cuestión de piedad sino que nos jugamos su felicidad.

Recuerdo un texto de Dostoievsky el cual escribía que sólo la belleza salvará el mundo, y glosando estas palabras, el predicador de la casa pontificia, Rainiero Cantalamessa, comentaba que "no es el amor a la belleza el que salvará el mundo, sino la belleza del Amor". Como decía Von Balthasar, y así titula uno de sus libros, sólo el amor es digno de fe. Manifestad, padres, con vuestras vidas, la belleza de vuestro amor fundamentado en Cristo y seréis capaces de mostrar a vuestros hijos que este amor, el único digno de suscitar la fe, es la opción más atractiva aquí a la tierra. Este es el gran reto que tenéis en vuestras manos, en parte herencia de lo que aprendimos de nuestros padres, pero que requiere nuevos modelos, nuevas maneras de hacer, y esta es la antorcha que debéis pasar a quienes venden detrás nuestro. **¡Nos jugamos mucho y vale la pena!■**

PARA *el diálogo...*

EL AUTOR

Joan Costa Bou, nacido el año 1961 y sacerdote de la archidiócesis de Barcelona, es ingeniero de telecomunicaciones por la ETSETB de la UPC, Master en Doctrina social de la Iglesia por la Universidad Pontificia de Salamanca y doctor en teología moral por la Universidad de Navarra.

En el ámbito pastoral es párroco de la parroquia de la Mare de Déu del Roser, de la ciudad de Barcelona, Consiliario general de la Federación de Cristianos de Catalunya y capellan universitario de la Universidad Pompeu Fabra.